

Antología de Ciencia Ficción: microrrelatos de Héctor Germán Oesterheld y de otros autores

Ciencia de Oesterheld

En algún lugar de los vastos arenales de Marte hay un cristal muy pequeño y muy extraño.

Si alzas el cristal y miras a través de él, verás el hueso detrás de tu ojo, y más adentro luces que se encienden y se apagan, luces enfermas que no consiguen arder, son tus pensamientos. Si oprimes entonces el cristal en el sentido del eje medio, tus pensamientos adquirirán claridad y justeza deslumbrantes, descubrirás de un golpe la clave del Universo todo, sabrás por fin contestar hasta el último por qué.

En algún lugar de Marte se halla ese cristal.

Para encontrarlo hay que examinar grano por grano los inacabables arenales.

Sabemos también que, cuando lo encontremos y tratemos de recogerlo, el cristal se disgregará, sólo nos quedará un poco de polvo entre los dedos.

Sabemos todo eso, pero lo buscamos igual.

Exilio de Oesterheld

Nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

Salió de entre el roto metal con paso vacilante, movió la boca, desde el principio nos hizo reír con esas piernas tan largas, esos dos ojos de pupilas tan increíblemente redondas.

Le dimos grubas, y linas, y kialas. Pero no quiso recibirlas, fijate, ni siquiera aceptó las kialas, fue tan cómico verlo rechazar todo que las risas de la multitud se oyeron hasta el valle vecino.

Pronto se corrió la voz de que estaba entre nosotros, de todas partes vinieron a verlo, él aparecía cada vez más ridículo, siempre rechazando las kialas, la risa de cuantos lo miraban era tan vasta como un temporal en el mar.

Pasaron los días, de las antípodas trajeron margas, lo mismo, no quiso ni verlas, fue para retorcerse de risa.

Pero lo mejor de todo fue el final: se acostó en la colina, de cara a las estrellas, se quedó quieto, la respiración se le fue debilitando, cuando dejó de respirar tenía los ojos llenos de agua. ¡Sí, no querrás creerlo, pero los ojos se le llenaron de agua, d-e-a-g-u-a, como lo oyes!

Nunca, nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

Apuesta de Déborah F. Muñoz

Wallace apostó con Foster que el futuro sería un asco y, para hacerlo más emocionante, acordaron que el que no tuviera razón moriría. Como no había forma de zanjar la disputa sin verlo por sí mismos, ambos entraron en las cámaras de criogenización y las programaron para despertar quinientos años después.

Cuando lo hicieron, encontraron un mundo increíble, con coches voladores y gente alegre por la calle vestida con trajes extraños. Wallace hizo lo posible por convencerle para repetir el experimento y viajar otros quinientos años hacia adelante, pero un trato es un trato y no tuvo más remedio que aceptar su situación y entrar en la cámara de suicidio asistido.

Foster le vio morir y se sintió mal por haber hecho trampas. Había despertado dos días antes que su amigo para encontrar un mundo devastado, casi con menos tecnología que cuando entraron en las cámaras. No obstante, algo sí había avanzado, y eran las máquinas de hologramas, con las que había creado esa realidad falsa. No era porque le diera miedo la muerte. Es que tenía mal perder.

Sueños visionarios de José Antonio Luque

Cansado del mundo en que vivía, deseó tener un sueño que le permitiese huir de toda esa tecnología. Estaba harto de los androides, de las píldoras sustitutivas de la comida, de los teléfonos telepáticos y, sobre todo, de esas naves espaciales que, de manera continua, sobrevolaban su ciudad.

Tomó el productor de sueños, lo colocó sobre su cabeza y empezó a percibir cómo las minúsculas fibras de los tentáculos se iban introduciendo bajo la piel de su nuca. A continuación, agarró el teclado de su mesilla de noche y programó un profundo viaje a un mundo suficientemente alejado en el tiempo como para no tener que encontrarse con nada de aquello que lo rodeaba.

Despertó en una población de casas de madera, donde todos los ciudadanos eran seres de carne y hueso que, por ejemplo, se desplazaban en automóviles cuyas ruedas se posaban sobre el asfalto. Sin embargo, por culpa de un imprevisto cortocircuito en el productor, desde ese día cree ser un hombre de mediados del siglo XX que, de vez en cuando, tiene una serie de sueños, supuestamente visionarios, en los que se inspira para escribir sus exitosas novelas de ciencia ficción.

Persistencia de José B. Adolph

Gobernar la nave se hace cada vez más problemático. Los hombres están inquietos; sólo la más ardua disciplina, las más dulces promesas, las más absurdas amenazas mantienen a la tripulación activa y dispuesta. Una humanidad que ya no se asombra de nada nos vio partir hacia el más allá; estaba ya habituada a una desfalleciente fascinación.

Comprendo a todos; éstos han sido años de sucesos terribles, de convulsiones. Muertes masivas, guerras, inventos maravillosos; ¿quién podía entusiasmarse por una conquista de aquel espacio que ya nada nuevo promete a hombres hartos de progreso? Los costos son elevados, pero ya nadie se fija en cifras. Corre sangre y corre dinero en estos años en que somos, a la vez, creadores y asesinos.

Amo y odio a mis compañeros. En cierto sentido, son la hez del universo; en otro, son balbucientes niños en cuyas manos se moldea el futuro. Abriremos una ruta que liberará a este planeta del hambre, de las multitudes crecientes que ya no encuentran un lugar bajo el sol y que sólo esperan, aterradas y resignadas, un juicio final del que desconfío; ¿cómo se puede ser tan supersticioso en estos tiempos de triunfo de la ciencia, del arte, de una nueva promesa de libertad como la que encarna esta nave?

Hemos partido hace meses; en este tiempo solitario hemos recorrido la inmensidad de cambiantes colores, reducidos a lo mínimo. Nos hemos visto convertidos en criaturas desnudas, flotando en la creación; los hombres tienen miedo. Sabían que existía este vacío; lo supieron

siempre. Pero ahora que se sienten devorados por él, sus miradas se han endurecido para siempre. El final es un lejano punto que no logro construirles.

Huimos de un mundo de miseria y hartazgo; de violencia y caridad; de revolución y orden.

Habremos de retornar, sin duda, pero tampoco puedo garantizárselo a ellos. Ven el vacío; no son capaces de perseguir un sueño de plenitud.

No hay comunicación con un pasado que sólo recobramos como futuro. Y mi soledad es mayor; ¡ay de los que poseemos la verdad y la seguridad! Una sola lágrima nuestra, descubierta por ellos, equivaldría a una desesperada muerte.

Pero es inmensa la recompensa: al otro lado nos esperamos nosotros mismos, encarnados en esa libertad y en esa abundancia de que ahora carece nuestro planeta. Debemos durar, debemos resistir, no sólo porque el retorno es imposible, sino porque mienten cuando dicen preferir la seguridad de la prisión que dejaron. La verdad, me digo, es obligatoria. Y el encargo que llevamos nos ha sido encomendado por todos los hombres de la Tierra, aun por aquellos que no saben de este viaje e ignoran lo miserable de su existencia.

El viaje continuará, así tuviera que matarlos a todos y gobernar yo sólo la nave. Nadie puede escapar, si no es a través de su propia muerte: confío en sus instintos, más que en sus razonados temores. Hasta ahora no hemos encontrado las horribles pesadillas que algunos timoratos previeron.

Sé que todo marchará bien, o todos moriremos juntos; si así fuera, si lo último se cumpliera, otros retomarán la esperanza y esa huida que será un gran encuentro. El cielo es negro sobre nosotros, pero miles de luces nos acompañan; son como cirios de la esperanza. Ellos los miran con temor y odio; no

quieren comprender que son guardianes y guías; ¿cómo no sentirse hermano de las estrellas, que observan, comprensivas, nuestra soledad que es la de ellas?

Me siento solo, y no me siento solo. ¿Habrá alguien que pueda comprender esta atracción por un abismo que para mí no es sino una ruta más? Es cierto que a veces tengo miedo, como todos. No soy sino un hombre frente a fuerzas desconocidas; las intuyo, pero no las domino; las comprendo, pero no son mías. Pero sin miedo no hay esperanza.

Y, sin embargo, el tiempo es largo, sobre todo para ellos. El viaje se les aparece infinito. Empiezan a sentirse privados de toda realidad; se creen fantasmas de sí mismos. Sus ojos me amenazan, porque siempre hay un culpable. La nave cruje y se mece, la inmensidad es cada vez más aplastante, pese a esos signos que, desde hace un par de días, nos aseguran que no hay error, que mis cálculos son correctos.

Debo anotar, pues, que ojalá se cumplan los pronósticos favorables antes que el temor termine totalmente con la confianza. Rogaré al Señor para que tal cosa no ocurra. Danos, pues, Señor, la gracia de poder cumplir nuestra misión antes que finalice este octubre de 1492.